

val y numeroso auditorio de canonistas y teólogos, difundiéndose la doctrina por cátedras y púlpitos de la corona de Aragón y Castilla.

Y pensemos, además, que con esta gracia inicial de María, florecieron en su alma el amor a Dios, la cooperación, su mérito y las más preclaras virtudes que, en su vida, habían de consagrar la perfecta unión con el corazón de su Hijo Jesús, descubriéndonos magníficos panoramas del Plan divino.

Unamos, si se quiere, al delicioso y casto paisaje que nos ofrece la santidad inicial de María, las más altas prerrogativas con que el Supremo Artífice la había adornado para ser Madre del Salvador, y nos gozaremos en la contemplación de las glorias, no sólo del dogma mariano por antonomasia, sino también con su divina Maternidad, con el blanco lirio de su Virginitad perpetua, con su triunfante Asunción, con el encanto de la Corredención de María, con la misericordia de su Mediación universal, con la mirada acariciante de la Maternidad espiritual de todos los hombres, con la defensa de nuestra Abogada, con su triunfal Realeza...

Y estaremos en la dichosa presencia de la «más amable, de la más amada, y la más amante de todas las criaturas». Tendremos a María Inmaculada plena de gracia: «Vestida de sol, calzada de la luna y coronada de refulgentes estrellas».



SONETOS DEL AMOR HUMANO

AUSENCIA

Yo me esfuerzo en buscarte, en un derroche
de recuerdos, y apunto catalejos
—aislado yo en mi noche, y tú muy lejos—
de no paciente amor, y tú... en tu noche.

¿Qué borroso diseño, qué fantoche,
qué mal trazadas líneas, qué reflejos
tu faz plasmar podría en mis espejos,
lejos de ti —cual tú de mí— en mi noche.

Hollar la feble escala, los caminos
que llevan de esas noches a sus días
problema fácil es, mas invencible;

sólo anhelos; delante, torbellinos,
distancias y distancias, lejanías
de sombra, de olvido, de imposible.

M. CEPEDA GIL